

INTRODUCCION

En el momento de redactar estas líneas, que quisiera fueran dignas de figurar al lado de los textos de Elena Odena, me acometen grandes escrúpulos. Personalmente conocía demasiado poco a Elena para evocar, como debiera, a la mujer y a la militante. Esta tarea incumbe, evidentemente, a sus compañeros de lucha cotidiana. En cuanto al contenido de sus textos: su claridad, su continuidad, su coherencia, hacen superfluo cualquier comentario. El sentido de los mismos, sus lecciones, se desprenden por sí mismas en cuanto se leen. No sé qué más podrían añadir algunas palabras mías.

Sin embargo, ya que esta publicación es un homenaje a la memoria de Elena Odena y ya que sus amigos me lo han pedido, no me perdonaría quedar fuera de una manifestación tan merecida de respeto, de amistad, de reconocimiento hacia una representante ejemplar de fidelidad revolucionaria.

Dije que he conocido muy poco a Elena Odena como persona. Y es verdad que cuando más pude conocerla fue el día —todavía muy cercano— en que, con motivo de la presentación en Madrid de las Obras de Stalin en castellano, y durante la recepción tan agradable que la precedió, tuvo la amabilidad de colocarme a su lado. Algunas

horas solamente. Pero es verdad también que en ciertos encuentros privilegiados, los minutos parecen horas y las horas, días. En efecto, me pareció aquel día, en la sencillez y la sinceridad de un contacto, descubrir a una personalidad excepcional. Puedo añadir que, con gran sorpresa mía, a pesar de una gran diferencia de edad y de nuestros destinos dispares, me sorprendieron la similitud, la coincidencia de nuestros recuerdos comunes en cuanto evocábamos nuestras reacciones frente a grandes momentos históricos —1939, 1945, 1956, 1975— o frente a grandes figuras amigas (pienso sobre todo, por supuesto, en el maravilloso matrimonio Alvarez del Vayo, con el cual mi mujer y yo, tarde pero desde el primer encuentro, tuvimos una perfecta identificación.)

Esta conversación con Elena me hizo sentir de qué forma, a través de los desfases entre generaciones y la diversidad de las experiencias, nuestro siglo XX ha podido crear ciertos parentescos espirituales, ciertas solidaridades en las apreciaciones, que van desde las primeras reacciones frente a los acontecimientos rusos de 1905 hasta los más recientes rechazos de compromiso con los diferentes revisionismos.

Una palabra surge espontáneamente al evocar ese momento pasado con Elena. Es una palabra que apenas me atrevo a escribir, por la tristeza que hoy día la envuelve: Elena me había parecido personificar la vida. Me dijeron que en el momento de ese encuentro era consciente de su enfermedad y se sabía condenada. Si es verdad, no hablaré, trivialmente, de su "valor". Preferiría hablar, como hizo Julio Alvarez del Vayo, de "optimismo". "Optimismo" capaz de resistir todas las decepciones momentáneas, todas las tristezas individuales, simplemente porque está basado en una visión a la vez teórica e histórica de los destinos colectivos: la necesaria transformación del

INTRODUCCION

mundo, a más o menos largo plazo, mediante el triunfo de las verdaderas ideas y de las verdaderas acciones de los elementos revolucionarios presentes en todo.

Estas pocas consideraciones me dispensan de insistir ampliamente sobre el pensamiento, sobre la acción y sobre la obra escrita de Elena Odena. Otros lo pueden hacer mejor que yo. Ya que es evidente que este pensamiento, esta acción, esta obra se confunden con las de su Partido, y que es éste, sus militantes, sus responsables, quienes deben hablar de Elena como militante y dirigente.

*Me limitaré a decir brevemente lo que me parece esencial: la fidelidad de Elena a los tres pensadores, a los tres creadores revolucionarios, Marx que **previó** la revolución, Lenin que **hizo** la revolución, Stalin que **construyó** la revolución y la **salvó**, ganando la guerra contra los fascismos.*

Desde hace treinta años, la burguesía internacional, a través de los grandes medios de comunicación, pretende establecer que la contradicción fundamental de las sociedades no se sitúa entre clases explotadoras y clases explotadas, sino entre "democracia" (por muy formales que sean) y "totalitarismos" (como si todas las dictaduras fuesen iguales.) Elena Odena se negó a asimilar Stalin con Hitler y Enver Hoxha con Pinochet. Para ella, por supuesto, esto era una certidumbre política. Pero yo se lo agradezco también, como historiador.

Marzo 1986

PIERRE VILAR